

VIII

Viaje por los tejados

Desde la primera azotea en que estaba nuestro joven pescador hasta las murallas de Castello-Vecchio mediaba mucha distancia.

Sin embargo, podía decirse que se había vencido la parte más dificultosa. La segunda casa, elevada solamente un piso sobre la primera, presentaba adrajos salientes que facilitaban el escalamiento.

Esta casa era llamada *La casa dei Folquieri*.

Nuestro pescador esperó á que se hubiesen retirado la patrulla y su jefe, cuyas palabras habían sido tan poco dignas de un militar. Luego que no hubo nadie en la piazza Grande, empezó á escalar el ángulo septentrional de la casa de los Folquieri, hasta haber llegado á la balaustrada superior, la cual saltó, hallándose luego en la vieja canal que daba vuelta al palacio.

Una vez allí se encontraba casi al nivel de las elevadas murallas de la cárcel, las cuales formaban á lo lejos una masa negra, y podía ver pasar las linternas que precedían á las rondas. En seguida empezó á deslizarse por la canal á fin de dar la vuelta al castillo. Esto era para él un juego; un niño hubiese hecho lo mismo sin ningún temor.

Pero en esos viajes excéntricos en que no hay camino abierto, no se puede cantar fácilmente victoria. Después que nuestro audaz aventurero hubo dado la vuelta al ángulo meridional de la pared

que miraba á la calle de Mantua, las cosas cambiaron bruscamente de aspecto.

Una familia pobre se había edificado una especie de apéndice de habitación sobre la canal. Nuestro pescador buscó un paso fuera de la balaustrada para superar este obstáculo, pero el edificio de tablas construido por la familia pobre estaba suspendido materialmente sobre el vacío.

Para salvar este obstáculo se necesitaba tener alas.

Baldemonio dejó escapar una exclamación de despecho, y volvió atrás para dar la vuelta por dentro.

Sin esta casualidad nuestra historia no hubiera sido la misma.

Baldemonio había dado ya la vuelta á dos ángulos del edificio, y seguía la cornisa que coronaba el patio interior del mismo, cuando vió un desván alumbrado hacia el medio del cuerpo de la habitación principal.

Le era indispensable pasar por allí, pero antes se detuvo. La sombra de una joven se dibujaba en los vidrios.

Este joven tenía la cabeza apoyada en el marco de la ventana: reflexionaba ó miraba afuera.

En los dos casos hubiera sido una locura querer pasar por delante de ella sin llamar la atención.

Nuestro joven aventurero se vió, pues, obligado á detenerse hasta tanto que esta bella centinela dejase su puesto.

Al cabo de cinco minutos se levantó: sus ojos se elevaron hacia el cielo, apoyó su frente en sus dos manos, luego entró con lentitud en el interior de su aposento.

Aunque nuestro joven pescador no había podido distinguir sus facciones, porque su rostro había estado constantemente en la sombra, sin embar-

go no le pasó desapercibido el aire de infortunio que revelaban su gesto y su ademán.

—La desgraciada sufre—murmuró.

Luego aprovechándose de su entrada en la habitación prosiguió su camino.

Cuanto más se acercaba á la habitación alumbrada, tanto más doblaba sus precauciones para no hacer ruido.

Al pasar por delante se deslizó como una serpiente sin atreverse á levantar la cabeza.

¿Por qué se detuvo Baldemonio antes de haber salvado este paso, el más difícil de todos?

Porque al volver la cabeza suavemente para ver si se le observaba, había distinguido en el fondo del desván una forma blanca arrodillada.

Era la misma joven. Baldemonio reconocía su talle exquisito en su delicadeza cuasi infantil, y hasta en esa apariencia de debilidad desalentada.

Estaba vuelta de espaldas á la ventana para rezar sin duda su oración de la noche. Una lámpara colocada sobre una mesita alumbraba su delicado perfil.

En esas líneas puras, pero faltas de la alegre redondez de la adolescencia, nada revelaba el decaimiento anunciado por la postración del cuerpo. Su frente era alta y coronada de una hermosa cabellera que sin lazos ni ligadura alguna cubría con sus abundantes rizos sus espaldas castamente veladas. Las sienes anchas y bellas hacían resaltar por su blancura el festón que guarnece las jóvenes cabelleras en su raíz.

Todo ese conjunto era á la vez delicioso y triste. Había en este cuadro, tan sencillo en apariencia, una queja elocuente que desgarraba el alma.

Nuestro pescador sintió oprimirse el pecho y latir violentamente su corazón.

Olvidando las precauciones que había tomado levantóse del todo con el fin de distinguir esas

acciones que debían ser hermosas, pero no pudo ver más que un libro de oraciones sobre la mesa, un vestido de tela al pie de la cama, y á la cabecera de ésta uno de esos pequeños crucifijos de ébano que las religiosas llevan al cuello. La joven no hizo ningún movimiento; solamente su cabeza fué inclinada hacia delante hasta ocultarse en sus dos manos. Luego permaneció inmóvil en esta posición.

De pronto dejóse oír un ruido, primero sordo y fuerte en seguida, que procedía al parecer de la ciudad, por el lado occidental de Castello-Vechio. Parecía como si clavasen un tablado.

La joven no por esto se movió. ¿Acaso el fervor de su oración le impedía oír?

Baldemonio al contrario se estremeció de pies á cabeza.

—¡El patíbulo! —murmuró,— ¡levantan el patíbulo!

Apenas se tomó tiempo para echar una última mirada al desván, una mirada de pesar.

Inmediatamente se puso á caminar, pero no sin decir:

—¡Ya volveré!

Al cabo de algunos minutos llegó al fin de la casa de los Folquieri. El edificio vecino era más bajo. De un salto bajó al tejado, que atravesó corriendo.

Aun le quedaban dos casas para llegar á la muralla. Baldemonio las escaló precipitadamente, y alcanzando de un salto la almena más próxima, se encontró en las fortificaciones de Castello-Vechio.

La parte de la muralla á que acababa de saltar formaba una especie de terraplén. La vista tenía por límites una torre gótica al norte, al pie de

Tomo 1—12

la cual había una guardia, y al sur una media luna en la que se paseaba un centinela.

De esta media luna se elevaba un cuerpo de edificio cuadrado compuesto de dos pisos.

En el piso bajo, una linterna colgada en la pared alumbraba vivamente la ventana de una prisión cerrada por gruesos barrotes de hierro.

—¡Voy bien!—dijo Baldemonio;—nuestro hombre está allí.

En efecto, no había que dudar. Esta linterna colocada para alumbrar cualquier tentativa que hiciese el prisionero en las rejas, es la precaución suprema usada en Italia.

No se echa mano de ella sino contra los condenados á muerte.

Al cabo de un minuto el centinela de la media luna se topó cara á cara con un hombre de talle esbelto y elegante que no había visto acercársele.

Su primer movimiento fué dar la señal de alarma, pero el desconocido había tomado su mano y marcado rápidamente una cruz en la palma.

El soldado echó á su alrededor una mirada de espanto.

—¡Aquí!—murmuró.

—¡En todas partes!—contestó el desconocido.

El soldado trataba de ver su cara cubierta por una máscara, pero no pudo distinguir sino su traje de pescador.

Después de haberle mirado bien, el soldado dijo con voz mal segura:

—*El hierro es fuerte y el carbón negro.*

—*¿Hay algo más fuerte que el hierro?*—replicó el desconocido.

—*La fe.*

—*¿Hay algo más negro que el carbón?*

—*La conciencia del malvado... ¿Qué queréis, señor?*

—*Libertar al prisionero.*

—Soy responsable de él con mi vida.

—Tu vida nos pertenece... ¡No te coloques entre el martillo y el yunque!... Tú estás aquí porque así lo hemos querido.

—En efecto—contestó el soldado,—aun no me había tocado el turno... pero el sargento...

—El sargento—repuso el desconocido,—recibe sus órdenes del teniente, el teniente obedece al capitán, el capitán al mayor, el mayor al coronel, el coronel al general... ¿A quién crees que obedece el general?

—Al rey...

—¡A mí!

Y así diciendo el desconocido mostró al centinela su mano extendida. En el dedo medio había una sortija de hierro en la que brillaban tres diamantes, formando un triángulo de fuego.

—Mandad, señor—dijo el soldado;—tengo una madre que encomiendo á Dios.

—La muerte huye de nosotros—replicó el desconocido,—la vida está con nosotros... ¡No temas! Acercóse á la ventana de la prisión y llamó en voz muy baja:

—¡Felice!

Nadie respondió.

—¡Felice Tavola!

El mismo silencio.

El soldado, pálido y trémulo, había vuelto á pasear.

En el momento en que el desconocido se volvía hacia él para preguntarle, la voz de alerta pasó de boca en boca en la línea de las fortificaciones.

—*¡Niente nuova!*—decía sucesivamente cada centinela,—¡nada nuevo!...

El pobre soldado puso sus dos manos en su pecho palpitante y dijo como los otros:

—*Centinela, ¡alerta!*

—¡Bartolo Spalazzi!—exclamó el desconocido.
—¿Sabéis mi nombre, señor?—murmuró el soldado.

—Has cumplido con tu deber; mañana tendrás los galones de cabo y tu madre dormirá en una buena cama... Respóndeme y no me ocultes nada... ¿Qué ha pasado en esta prisión desde que tú estás de centinela?

—Señor—respondió Bartolo,—hace diez minutos poco más ó menos que se ha entrado en la prisión de Porporato; he oído ruido de voces, los hierros han sonado, la puerta se ha vuelto á abrir y cerrar, y todo ha quedado en el mayor silencio.

—¡Un asesinato!—pensó el desconocido,—es imposible.

Luego repuso:

—¿Los que han entrado eran de la policía?

—Sí, señor.

—Me conviene saber—continuó el desconocido que parecía presa de una terrible agitación,—cuánto tiempo media entre cada ronda.

—Treinta minutos.

—Y ¿cuándo vendrán á relevarte?

—A las once.

El desconocido consultó su reloj y dijo:

—Tengo tiempo.

Y se lanzó á la prisión, sacando de su bolsillo dos objetos de pequeñas dimensiones que acomodó uno á otro al resplandor de la linterna suspendida de la pared.

Estos dos objetos reunidos, que eran una lima circular sorda y un pequeño tornillo, formaban la admirable máquina inventada por el célebre bandido inglés Jacques Sheppard, que era hombre de ciencia y de talento.

La lima de Sheppard, montada en una rueda movida por un fuerte resorte de Ginebra, pued

serrar un barrote de pulgada y media en tres minutos.

¡Pensad en ese pobre Latude que pasó treinta y cinco años para abrir su agujero, y proster-naos ante los progresos del siglo!

El desconocido puso su lima en acción y produjo apenas un ligero ruido. Luego cogió con ambas manos el barrote limado por debajo y torciéndole lo levantó.

Un instante después penetraba en la prisión de Porporato, llevando en una mano la linterna que había descolgado de la pared.

La prisión estaba vacía.

En el muro que se hallaba frente á la ventana, se notaban dos líneas escritas en misteriosos caracteres,

NA³E²A NA³MRI³I;

EI²E³I² L³I²A³LI²

El desconocido quedó inmóvil de asombro. Sus ojos no podían apartarse de estos caracteres.

—¡Vendido!—murmuró mientras que sus brazos caían por su propio peso;—el naufragio á la vista del puerto.

—¡Señor, señor—dijo la voz del centinela en la ventana de la prisión,—vienen de todos lados á la vez!

El desconocido se irguió con altivez.

—Todavía soy fuerte—dijo;—¡ay de los traidores!

Y salió de la prisión. En todos los cuerpos de guardia se oía ruido; parecía que tenía lugar un movimiento general en Castello-Vecchio.

Algunas voces decían al otro lado de la media luna:

—Han colocado una escalera en la calle de Mantua, frente á la piazzeta Grande... Martino fué ata-

do: le pusieron un pañuelo en la boca y otro en los ojos, y le dieron dos onzas de oro para pagar su silencio.

—¿Y Martino ha hablado?

—¡No le arriendo la ganancia, pobre diablo!

—¿Cuántos han subido por la escalera?

—Uno solo... los demás quedaron con la mujer disfrazada.

—¡Entonces debe estar en los tejados!

—O en la misma fortaleza.

—¡Alerta! ¡alerta!

—¿Quién está de centinela allá arriba?

—Bartolo Spalazzi, del regimiento de Trani...

Y acercándose los pasos, la guardia de la torre tomaba las armas.

—¡Estoy perdido!—murmuró Bartolo.

—Dí, ¡quién vive!—le ordenó el desconocido que acababa de apagar la linterna, dejando así á obscuras los alrededores de la prisión.

—¡Quién vive!—repitió Bartolo maquinalmente.

—¡Grita más!

—¿Quién vive?

—Amartilla tu fusil... salvándome á mí te salvarás á ti mismo... escucha... ya dan la vuelta al recodo de la media luna... Repite el quién vive...

El soldado obedeció.

—¡Apunta y tira!—le dijo agachándose.

El tiro salió y fué seguido de un estruendo inexplicable.

Más de cien hombres á un tiempo salieron de los diferentes puntos de la muralla.

—¿Le has tocado? Bartolo Spalazzi...

—¡Por aquí, por aquí!... ¡una escalera!... ¡todas las calles están guardadas! ¡no puede escaparse!

IX

El cuarto de los muertos

Las palabras escritas en caracteres geroglíficos en la pared de la prisión de Felice Tavola, querían expresar lo siguiente:

Se me ha olvidado;
me vengo!

¡Terrible amenaza en boca de uno de los balleros del hierro!

Pero los que quieren vender una asociación como la de los Compañeros del Silencio hacen mal en decir: «¡Voy á vengarme!». Del dicho al hecho hay un gran trecho.

Nuestro pescador Baldemonio atravesó á la carrera la azotea de la primera casa pegada á la fortaleza. Cuando la guarnición de Castello-Vecchio acudió de todas partes á las almenas, ya no vió á nadie.

Trajéronse escalas y bajaron al terrado.

Era, en efecto, imposible que el fugitivo pudiese escapar. Se hubiese podido formar un batallón completo con los que de la muralla bajaron á la azotea y se pusieron incontinenti á registrarla en todos sentidos.

La orden era la siguiente:

«Por do quiera se vea un vidrio roto ó una puerta forzada, éntrese á la bayoneta».

El lugar en que se había refugiado Baldemonio

era un pequeño aposento de un desván de ese antiguo palacio denominado la casa de los Folquieri.

Algunas sillas de junco, una mesa redonda de pino y un catre rodeado de unas cortinas de percal constituían todo el ajuar de esta habitación.

En el ángulo opuesto al que ocupaba el catre veíase además un delgado colchón tendido sobre unos ladrillos de color claro alisados por el roce.

Entre la mesa y la cama había un pequeño brasero cuyo carbón se consumía lentamente bajo su ceniza blanquizca.

Sobre una silla vecina había un breviario, una sotana y un escapulario, y sobre la mesa, al pie de la lámpara que iba extinguiéndose, un papel con algunas palabras escritas.

Se podía, además, notar que la única ventana de este pequeño aposento, falta de fallebas y pestillos, estaba cerrada por una silla cuyo respaldo se apoyaba en las hojas de las puertas.

Alrededor de esta ventana y á lo largo de todas las rendijas, había pegadas tiras de papel blanco.

Débil cerradura, pero suficiente, sin embargo, para guardar la muerte contra la vida.

Al pronto parecía que no había nadie en este aposento, mas á medida que la vista se iba acostumbrando á esas semitinieblas, podían distinguirse dos formas humanas.

Dos jóvenes que parecían dormir ó estar muertos, pues no se movían, ni se oía su respiración.

Sobre el colchón estaba echado un adolescente, pálido y tranquilo, cuya cabeza descansaba en su abundante cabellera. Alrededor de sus labios florecía aún una sonrisa llena de tristeza.

Cerca del catre, delante de una silla que debió servirle para hacer su oración suprema, había una joven muy hermosa

El sueño debió haberse apoderado de ella estando de rodillas; pues continuaba prosternada, aunque con el cuerpo reclinado en el suelo.

Sus hermosas manos, hundidas en sus cabellos, continuaban adheridas á sus sienas.

Entretanto el brasero continuaba su combustión, y la lámpara, que había esparcido su resplandor silencioso y melancólico sobre esta doble agonía, falta á su vez de aceite, y oprimida por esta atmósfera mortal, parecía arder con trabajo, elevando su llama moribunda á intervalos, durante los cuales todos los objetos se volvían lívidos.

¡Dos jóvenes! ¡eran dos jóvenes!

¿Será cierto que pueda sufrirse en tan tierna edad hasta el punto de tener el valor ó la cobardía de matarse?

Porque no hay duda que todo esto no era obra de la casualidad: estos jóvenes habían querido poner fin á sus días.

Esas tiras de papel pegadas á las rendijas de la ventana eran un testimonio mudo, pero irrecusable.

¡Dieciséis años! ¡dieciocho años! ¡es la flor de la juventud! ¡En esta edad todo es halagüeño, todo brilla!

¡Dios mío! y habían querido morir los dos juntos, pero bastante separados uno de otro, para murmurar el uno: «—¡Adiós, Celestina!» y la otra: «—¡Adiós Julián!»

Entretanto los soldados que habían bajado á las azoteas pegadas á Castello-Vecchio corrían, gritaban y se animaban de lejos unos á otros. Acosado el zorro por todas partes no podía escapárseles.

Sin embargo, el zorro no se movía. Práctico ya del terreno por su primera excursión, había tenido á bien guarecerse en aquel mismo apo-

sento donde poco antes sus ojos contemplaron esa hermosa figura de mujer que tanto le llamara la atención.

—A menos que se haya arrojado de arriba abajo de la casa—decía el jefe,—caerá en nuestras manos.

—¡Es un pícaro muy atrevido!—respondía otro que también debía ser uno de los jefes.

El capitán después de haber empujado todas las ventanas por delante de las cuales iba pasando, se detuvo frente á la que ocultaba á Baldemonio.

—¡Esta está bien cerrada!—dijo arrimándole un valiente puñetazo, pero la mano vigorosa de Baldemonio colocada detrás impidió que se abriese.

Luego repuso el capitán en tono confidencial:

—Si vosotros supieseis el nombre del pícaro atrevido, como le llamáis, á quien estamos buscando, procuraríais estar muy alerta... Esta noche á las nueve he recibido un aviso del ministerio de Estado, diciéndome que Porporato había jurado por el carbón y el hierro intentar por sí mismo poner en libertad á Felice Tavola.

—¿Cómo es eso?—le interrumpieron de todas partes;—ese Felice Tavola ¿no es Porporato?

El capitán se encogió de hombros.

—¡Hijos míos—repuso en lugar de responder á esta pregunta,—acordaos de que en alguna parte de estas azoteas hay un tesoro oculto!... ¡un tesoro de cien mil ducados!... Si le hallamos, veinte mil ducados serán para vosotros... ¿Os parece razonable? ¡Al hombro! ¡marchen!

Un *evviva* general siguió á estas palabras; ¡tan extraordinaria pareció la liberalidad del capitán! Este digno león dejaba la quinta parte á sus compañeros.

Detrás de la ventana Baldemonio no podía contener la risa al oír esto.

Los soldados continuaron su camino.

Por todas partes por donde pasaban iban dejando hachas encendidas, de suerte que la parte occidental de los tejados estaba ahora alumbrada.

Cuasi frente á la ventana tras la cual se hallaba Baldemonio también dejaron una, la cual arrojaba dentro del aposento un resplandor suficiente para poderse ver en él.

Cuando los soldados estuvieron algo lejos, Baldemonio quiso dar un paso en el interior de esta habitación, pero sus rodillas entorpecidas se doblaron, el suelo faltó á sus pies y le parecía que el hacha colocada frente á la ventana estaba despidiendo millares de chispas.

A pesar de ello no dejaba de sonreír, pues la última idea que pudiera ocurrirle era la de tener miedo.

Pero sus sienes latían violentamente; diríase que una mano de hierro se las apretaba. De súbito un bostezo dilató su garganta, y un dolor extraño, indefinible como la angustia de la muerte, subía de sus pies helados á su cabeza ardiente.

Luego sintió que le daba un vértigo; su cabeza giraba con increíble rapidez y veía un abismo á sus pies.

Sus dos manos tocaron su frente, y las retiró bañadas en un sudor frío. Sus cabellos se erizaron.

Entonces corrió por primera vez en sus venas el frío del terror.

Este escalofrío desconocido le horrorizó; era por decirlo así el miedo de su miedo.

En este momento en que su ordinaria presencia de espíritu le abandonaba, porque su inteligencia estaba violentamente turbada, no se acordó de que al entrar en este aposento había sentido un olor extraño y experimentado un calor sofocante.

El instinto hizo dirigir el brazo á la ventana con el fin de abrirla, pero en el mismo instante oyó el paso lento y mesurado de un centinela colocado á algunos pasos de allí.

¿Qué hacer? ¿Combatir? No tenía fuerza para ello. Baldemonio no quería morir.

Un esfuerzo desesperado le sacó del apuro.

Aunque con trabajo pudo arrastrarse, apoyándose en todo lo que encontraba á su paso, hasta la otra extremidad del aposento, donde entreveía una puerta.

Dos veces tuvo que detenerse porque el aire le faltaba.

Entre la mesa y la puerta se agarró á un objeto cuya forma no distinguía. Este objeto le quemó.

Era un calentador, un brasero en que el fuego ardía bajo la ceniza.

Estaba tan turbado, que este accidente no despertó su inteligencia embotada.

Un solo instinto le dominaba: ¡la puerta!

Quería llegar á la puerta; tal vez para huir.

En toda agonía predomina la idea de huir.

Antes de llegar á la tan deseada puerta cayó y su frente rebotó en los ladrillos.

Cuando llega la hora de la muerte cada cual debe tener su visión, y murmurar cada labio un nombre que le ayude á exhalar el último suspiro.

¿Qué vió Baldemonio en esta vertiginosa agonía?

Un palacio resplandeciente de luces... mujeres bellas, jóvenes adornadas... y entre ellas una virgen de cándida sonrisa que parecía triste, y que llevaba en la frente la blanca corona de desposada.

Angélica.

Angélica Doria pasó ante sus ojos deslumbrados como un fantasma radiante.

Así permaneció mucho tiempo sin movimiento. Su cabeza estaba á dos pasos más del dintel de la puerta. Entre ésta y el umbral pasaba una pequeña corriente de aire, la única que la solicitud suicida de los dos desgraciados jóvenes había descuidado.

La boca abierta de Baldemonio aspiró este aire bienhechor. Al cabo de algunos instantes pudo dar un paso hacia adelante.

Quiso agarrarse al cerrojo, pero éste estaba cerrado.

Entonces se aferró á la puerta, y haciendo un esfuerzo violento, cedió el cerrojo y la puerta quedó abierta. Su pecho respiró el aire exterior con indecible voluptuosidad.

La escalera comunicaba al aire libre por muchas ventanas.

Al cabo de diez minutos, Baldemonio pudo abrir los ojos y volvió enteramente en sí.

Su primera impresión fué la sorpresa, pues había perdido el recuerdo de lo que acababa de pasar.

Lo que vivificó primero su memoria fué el dolor incandescente que experimentaba en los dedos. Tres de éstos eran una llaga viva.

—¡El brasero!—pensó.

Después, fijando sus ojos en la ventana, dijo:

—¡Los soldados!

Luego en fin murmuró:

—¡Aquí hay algún muerto!

Levantóse sin gran trabajo y sacudió la fatiga que le oprimía. Parecíale que había pasado mucho tiempo desde que entró en este aposento, pero consultando su reloj vió que sólo había transcurrido un cuarto de hora.

Le acercó á su oreja y oyó que el reloj andaba.

Dos ideas le ocurrieron en

Socorrer al que quería suicidarse y emprender la fuga para continuar su empresa.

Primeramente sacó el brasero afuera; luego corrió al catre, el cual encontró vacío.

Sus ojos recobraron su perspicacia. El aspecto del catre le trajo á la memoria que había visto orando una joven arrodillada en el suelo. Bajó la vista y vió efectivamente á esta pobre niña.

Tomóla en sus brazos y la puso en el catre.

El frío de la muerte tarda algunas veces mucho tiempo en llegar.

No estaba fría, pero tenía ya la rigidez de los cadáveres...

Puso la mano sobre su corazón.

El pulso de Baldemonio latía tan violentamente, que no podía saber si ese pobre corazón se había ó no detenido para siempre.

La antorcha puesta frente á la ventana lanzaba oblicuamente su luz á través de los cristales, y penetrando su resplandor entre Baldemonio y las cortinas, parecía acariciar esas facciones pálidas y hermosas, á las cuales la muerte había devuelto una expresión de serena sonrisa.

A su vista nuestro fugitivo experimentó una sensación tan dolorosa que le traspasó el corazón. Desde que se conocía á sí mismo, jamás angustia tan sutil había penetrado en lo íntimo de su alma. Un sentimiento indefinible le atraía hacia esa niña muerta, y hubiese dado su vida para volverle la respiración.

Este sentimiento ¿era una de esas pasiones locas que añaden cada día una flor á la guirnalda de don Juan?

No, el deseo callaba ante este lecho virginal que era á la vez un féretro. Nuestro fugitivo hubiera querido más bien poderla llamar: hija mía, ¡tal vez hermana mía! Si en este momento hubiese sido posible penetrar en su conciencia, sólo

hubierais encontrado una pureza y delicadeza exquisitas.

Sus ojos no podían apartarse de la muerta.

En la torre del reloj de Castello-Vecchio dieron las once de la noche.

Baldemonio, vuelto en sí, sintió un vivo estremecimiento, y llamando su atención el papel que había sobre la mesa, le cogió con avidez, pensando encontrar un nombre, un indicio; pero sólo pudo leer, arrimado á la ventana, las palabras siguientes:

«Querido padre, perdonadnos y orad por nosotros».

—Esto indica que no está sola aquí—dijo para sí mismo; y sus ojos buscaron la otra víctima.

El rincón donde estaba el colchón era el más obscuro del aposento. Sin embargo, Baldemonio descubrió en él una forma acostada, un joven frío y tieso como esas estatuas que duermen en las losas de las tumbas medioevales.

Baldemonio se arrodilló á su cabecera y le pareció que sus facciones no le eran desconocidas. ¡Rostro noble, de líneas puras y un poco severas!

¿Había visto á este joven ó alguien que se le parecía?

Mientras que consultaba su memoria, oyó un ligero ruido en el catre á manera de un suspiro.

La mano de la joven había cambiado de posición.

Baldemonio se dirigió á donde estaba la joven, y poniendo su mejilla junto á la boca de aquella, sintió un soplo... ¡pero tan débil!

El aire entraba ahora libremente en el aposento y el gas mortal del carbón se había disipado poco á poco.

Nuestro pescador juntó las manos y dirigió á

Dios una ardiente súplica. Quizá Dios oía la voz de este hombre por la primera vez.

Entretanto la joven no se movía. ¿Habría hecho su último esfuerzo y recogido él su postrer suspiro?

A su vez el adolescente tendido en el colchón hizo un ligero movimiento. Era la hora del socorro: ¡podían ser salvados!

En este momento Baldemonio no pensaba en otra cosa.

De pronto elevóse una voz lejana en medio del silencio de la noche.

Una voz que recordaba á Baldemonio otros deberes, arrancándole bruscamente de este centro extraño y tenebroso en que se había olvidado de todo.

Era el sonido de la bocina que venía de la ciudad antigua.

A pesar de la distancia podía distinguir fácilmente el motivo de la tocala, el cual era el canto de Fioravante:

¡Amici, allegre andiamo alla pena!...

Irguióse allivamente y sus cejas se arrugaron. Luego bajó otra vez su mirada hacia el catre.

—Cualquiera—murmuró,—un niño, una mujer, puede socorrer aquí á estos infelices; pero allá abajo ¿quién me reemplazará?

Y sacando una bolsa la echó sobre la mesa.

—¿Qué me importan estos?—repuso con acento breve y duro;—¿qué les debo?... Todo aquí respira miseria... Son desesperados vulgares que se curan con un poco de oro.

La bocina lejana repetía su tocala.

Baldemonio dió una patada y dijo como Athol al oír las campanas de Corpo-Santo:

—¡Ya os oigo! ¡allá voy!

Y vistiéndose la sotana que había sobre la silla, tomó el breviario; alisó sus hermosos cabe-

llos á lo largo de las sienas, y al tercer sonido de la bocina ya estaba listo.

Antes de salir entreabrió la ventana.

Su corazón latía al pisar el umbral de la puerta.

Al corredor que había en lo alto de la escalera, daban muchas puertas.

Baldemonio abrió la más cercana y dijo:

—¿Hay alguien aquí dentro?

Respondióle el grito azorado de una vieja.

—Quien quiera que seáis—le dijo,—levantaos é id al aposento vecino, donde tienen necesidad de vuestra asistencia. He aquí vuestra paga.

Tres ó cuatro monedas de oro sonaron en los ladrillos.

Baldemonio bajaba ya la escalera.

Al llegar al piso primero una voz dulce le dijo:

—¡No podréis pasar, santo joven!

Una mirada oblicua le hizo descubrir una mujer de mediana edad que estaba en el umbral de su puerta en desaliño nocturno.

Bajó la cabeza, teniendo el libro en las manos, y se disponía á murmurar algún saludo, cuando aquella mujer continuó:

—¡Ya veréis cómo no oiremos nunca el sonido de su voz!

Esta era una noticia preciosa. Evidentemente el santo joven no había hablado jamás á la señora de mediana edad, que era regordeta y bien conservada.

Baldemonio, aprovechándose de esta noticia, se inclinó profundamente y pasó con aire modesto, llevando su gran libro como una preciosa reliquia.

—¡Dios os bendiga, mi pobre señor Julián!—dijo la vecina con un sí es ó no es de acritud:

—¡no me olvidéis en vuestras oraciones!

Luego añadió de modo que fuese oída:

—¡Pobre cordero! ¡es tan inocente!

Baldemonio no se acordaba que en su vida le hubiesen reprochado su exceso de candor.

En el vestíbulo oyó un gran ruido y movimiento. Todos los criados de la casa y una parte de los inquilinos se habían reunido allí para hablar, escudriñar y discutir. Unos decían que el preso se había fugado al campo después de haber roto los hierros de su prisión y asesinado al centinela. Otros que los Compañeros del Silencio habían escalado en gran número las azoteas, y tenían en jaque á la guarnición de Castello-Vecchio. Otros, en fin, que se preparaba una gran batalla en la cual jugaría la artillería por una y otra parte.

Al ver al *santo joven*, como se le llamaba en la casa, todas las lenguas enmudecieron.

El patio, alumbrado tan sólo por las antorchas colocadas en las balaustradas á sesenta ú ochenta pies de altura, estaba muy oscuro. Esta circunstancia favoreció á Baldemonio que no había encontrado nada para cubrirse la cabeza y la cara.

Hubiese bastado la menor sospecha para descubrir la superchería, pero á nadie se le ocurrió.

Habiendo algunos preguntado á manera de cumplimiento:

—¿A dónde va el *abbatello* tan tarde?

Fortunata Coccoli, *conservadora* de la casa, respondió con esa altivez que distingue en todos los países á la honrada y temida clase de los porteros:

—¿No sabéis que este dulce ángel va á velar todas las noches á los enfermos del hospital de pobres?

—¡Oh! ¡el caritativo querubín!—exclamaron todos.

—¿Nos dirá si ha visto alguna cosa allá arriba?

—Frente á su ventana hay una hacha encendida.

—¿Y su hermanita?... ¿no tiene miedo de quedar sola?

El santo joven pasó rápidamente y sin responder á través de los grupos.

Fortunata Coccoli siguió al joven abate para abrirle la puerta.

—Una palabra para mí en vuestros *oremus*, cordero de Dios—le dijo al oído.—He tomado cuatro números al *lotto reale* (lotería real). Si la venerada madre de Jesucristo me hace caer un cuarterno, haré un buen regalo á mi parroquia... sin olvidaros á vos, ¡serafín mío.

Baldemonio estaba fuera.

La puerta cochera se abría, como hemos dicho, á ese callejón sin salida de la calle de Mantua donde había sido colocada la escalera antes de la desventura del buen soldado del regimiento Búffalo.

Las cosas habían cambiado mucho en el espacio de una hora. El callejón sin salida y la calle de Mantua estaban llenas de soldados.

A los primeros pasos que dió Baldemonio después de cerrada la puerta, una bayoneta amenazó su pecho.

—¡*Non basa!*—le dijo en italiano de Friburgo un gran diablo de guardia suizo, que se llamaba Max Schæffer, como todos sus camaradas.

Los suizos saben decir *non basa* en todas las lenguas.

—Señor—le dijo humildemente Baldemonio, = voy á cumplir mi deber.

—¡*Cho non conose dever!*—contestó el hijo de los pintorescos valles de la Helvecia;—¡*non basa!*

Como el primer Schæffer había levantado la voz, muchos otros Max se acercaron grave y len-

tamente, tiesos como lanzas. Entre ellos había un oficial.

—Señor—le dijo Baldemonio,—se me aguarda en el hospital de pobres, donde ordinariamente velo á los enfermos.

—*¡L'hobidal té bofres!*—repitió el oficial Schæffer. Algunos Max le imitaron diciendo también:

—*¡L'hobidal té bofres!*

En seguida el oficial les miró y dió esta orden:

—*¡Dejaznos!*

Todos los Max pusieron incontinenti una mano en la frente y otra en la pretina del pantalón.

Schæffer se acercó al santo joven y lo examinó con mucha atención.

Concluído este examen prorrumpió en una gran carcajada, acompañada de ese movimiento de cuerpo que hizo dar el blasón que sabéis á la ilustre ciudad de Berna.

—*¡Vus sido eun pestia!*—dijo sentenciosamente dirigiéndose al primer Max que era causa de todo.

—*¿Vus non voyez que est eun zagrisdan?*

Así diciendo se echó á reír: los demás Schæffer rieron aún con más fuerza.

—*¡Marchaz!*—continuó empujando al santo joven hacia delante;—*quando vus esgalateréz las miraillez, cho vus tonneré tes brines té reine Glaute!*

Carcajada general.

Baldemonio sin precipitarse cruzó con paso tranquilo y discreto la piazzeta Grande; pero al llegar al vicoletto Zafio, tiró la sotana bajo una puerta y siguió su camino á la carrera.

En el extremo de la calle aplicó el mango de su puñal á los labios y resonó un silbido sordo.

Un silbido semejante se dejó oír al momento en la strada Medina. Luego la joven disfrazada de pilluelo se lanzó fuera de un sotto-pórtico en que todas las luces estaban apagadas.

—Allí dentro estamos quinientos; íbamos á atacar... ¿Qué se debe hacer ahora?

—¿Dónde está mi carruaje?—preguntó Baldemonio en vez de responder.

—En el Monte Oliveto... ¿Qué se debe hacer?

Baldemonio se puso á caminar á grandes pasos hacia el lugar indicado.

Un calesso elegante y ligero, tirado por dos magníficos caballos, aguardaba detrás de la iglesia. Baldemonio subió á él.

La joven repitió por tercera vez en la portezuela:

—¿Qué se debe hacer?

Baldemonio tomó su mano y la besó diciendo:

—¡Gracias, Fiamma!

Fiamma se puso colorada de placer.

Baldemonio añadió:

—Dentro de una hora, es preciso que Matilde Farnesio esté en Nápoles y pronta á seguirme.

—La princesa Farnesio estará dentro de una hora dispuesta, ¿y después?

—Después, vístete de duquesa, querida Fiamma, y vete al baile del palacio Doria.

—¿Bailaremos?—preguntó la joven.

Baldemonio sonrió.

—Procura que cuando despierte la condesa, te encuentre á su lado—le dijo.

—¿Y los otros?

—¡Cada uno que se vuelva á su casa, excepto los que deben vigilar el palacio Doria... Y que todo esté dispuesto al amanecer!...

Y le envió un beso con la mano. Luego inclinándose hacia el cochero le dijo:

—¿Eres tú, Ruggieri?

—Sí, señor.

—Pues oye: toma la calle de los Tribunates y sigue hasta la puerta de Capua, sal de la ciudad para entrar otra vez por la puerta Notarea, y

llévame á la piazza del Mercato á casa de Johann Spurzeim.

—Sí, señor.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos partieron al galope.

En el instante en que el *calesso* empezaba á correr por el empedrado, salió un hombre de la sombra proyectada por la iglesia, y saltando de un solo brinco á la parte trasera del coche, donde se sostuvo en equilibrio, empezó á silbar una alegre canción montañesa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

BÁRBARA DE MONTELEONE

I

El gabinete del jefe de policía

Estamos en ese mismo día del mes de Febrero de 1823.

En una casa grande de la piazza del Mercato, plaza situada en la extremidad oriental de Nápoles, la luz alumbraba tres ventanas que resplandecían en medio de la obscuridad de la noche.

Era la casa ó palacio del señor Johann Spurzeim, austriaco y jefe de policía.

Sus oficinas ocupaban casi todo el piso bajo; en el principal habitaba con su familia.

Una de las ventanas alumbradas era la del aposento dormitorio del señor Johann Spurzeim; las otras dos pertenecían á un salón donde su mujer conferenciaba en aquel momento con el doctor Pedro Falcone, médico ya ilustre por su saber á pesar de su juventud.

Hacía poco tiempo que Johann Spurzeim estaba en Nápoles; unos tres meses poco más ó